

*Pensadores rebeldes*¹: el pensamiento latinoamericano y agrarista en las vivencias de Cristóbal Kay

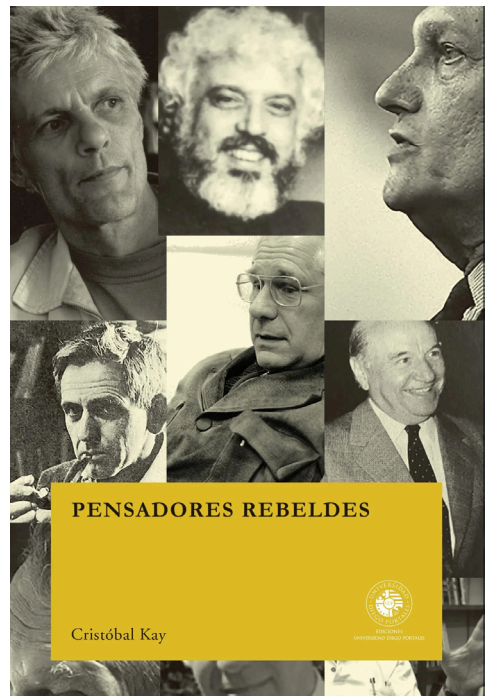
José Miguel Ahumada²

I. Introducción

Cristóbal Kay, profesor emérito del International Institute of Social Studies (ISS) en La Haya (Reino de los Países Bajos), es uno de los sociólogos más destacados en el ámbito del desarrollo rural, el cambio agrario y los estudios sobre desarrollo en América Latina. Su obra, que abarca un amplio abanico de temas, ofrece una profunda visión multidisciplinaria, como en su trabajo puntero en el pensamiento del desarrollo *Latin American Theories of Development and Underdevelopment*, donde rastrea minuciosamente la originalidad del pensamiento latinoamericano del desarrollo.

Con estas credenciales intelectuales, en su último libro, *Pensadores rebeldes*, Kay nos brinda seis ensayos biográficos e intelectuales de personalidades clave que, a partir de diferentes experiencias vitales, dieron forma y contenido a la tradición latinoamericana del desarrollo. En concreto, la obra de Kay arroja luz sobre las realidades materiales, políticas e intelectuales específicas que conformaron las trayectorias de Raúl Prebisch, Celso Furtado, André Gunder Frank, Theotônio Dos Santos, Solon Barraclough y William Assies.

Así, el texto nos muestra cómo estas diferentes personalidades trascendieron los marcos de pensamiento dominantes de su época: mientras que unos investigaron sobre el terreno de los campos latinoamericanos, otros promovieron la discusión sobre el desarrollo en el marco de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) y la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD), y otros se adentraron en enfoques alternativos críticos de los paradigmas desarrollistas. No obstante, todos ellos fueron, a su manera, entretejiendo un pensamiento común que cuestionó creativamente los dos marcos de pensamiento hegemónicos en el momento que les tocó vivir, a saber, la teoría sociológica de la modernización y la economía neoclásica, al tiempo que sentaban las bases de nuevos marcos analíticos heterodoxos, en particular el estructuralismo y la teoría de la dependencia.



¹ C. Kay. (2023). *Pensadores rebeldes*. Ediciones Universidad Diego Portales.

² Profesor Asistente, Instituto de Estudios Internacionales, Universidad de Chile.

En este contexto se puede observar el sentido profundo del título de la obra de Kay. Las seis personalidades descritas en el libro nos muestran un tipo de intelectual específico: el pensador rebelde. Sus ideas tienen características propias que las diferencian de otras formas de reflexión social. En primer lugar, a pesar de sus diferencias, todos ellos posicionan sus investigaciones en una visión explícita de justicia social de la cual se derivan, en el ámbito político, demandas de profundas reformas económicas estructurales, tanto a nivel nacional como internacional; y, en contra de la idea de neutralidad valorativa y científica propia de los planteamientos analíticos dominantes, identificaron las raíces políticas de la reflexión social y las transformaron abiertamente en brújula de sus investigaciones.

En segundo lugar, estos pensadores, además de brindar marcos analíticos e investigativos que justificaban la necesidad de cambios sociales estructurales, asumieron como propias las agendas políticas que emanaban de sus reflexiones. En efecto, participaron activamente en la escena política, promovieron las demandas de reformas y vivieron en carne propia las consecuencias de esto: exilios, derrotas temporales y victorias parciales. En este sentido, sus reflexiones tenían un claro enfoque práctico, esto es, eran marcos analíticos que incluían un objetivo de descripción de la realidad y otro de intervención en la misma.

En tercer lugar, y considerando la relación entre las ideas y la realidad, estos pensadores, como tan lúcidamente señala Carlos Peña, Rector de la Universidad Diego Portales (Chile), en el prólogo del libro, comprendieron como pocos que el pensamiento muchas veces puede transformar la realidad de forma más profunda que la acción.

Estas tres consideraciones, todas ellas detalladas en el libro, permiten entender las razones que llevan a Kay a calificar de rebeldes a estos pensadores.

Kay pretende recalcar el profundo sentido político y estratégico que informó las reflexiones intelectuales de estos pensadores. En diferentes partes del libro, resalta cómo estos intelectuales buscaron conducir sus trayectorias vitales de acuerdo con las ideas de cambio social que se derivaban de sus propias reflexiones. Quizás uno de los momentos más íntimos del libro, en el que queda a la vista este sentido de propósito del pensamiento, es cuando Barraclough comenta un dicho amablemente irónico de su abuela calvinista que se le había quedado grabado: “Chico, no puedes cambiar nada, pero el peor pecado es no intentarlo” (Kay, p. 116).

Finalmente, este tipo de intelectual rebelde poseía otra importante virtud: su reflexión formaba parte de una reflexión colectiva sobre los asuntos del desarrollo. No se trataba de escritores aislados, sino que integraban una comunidad más amplia de redes y espacios donde se discutía el despliegue del pensamiento estructuralista y de la dependencia. En este sentido, la obra de Kay utiliza las biografías de estas seis personalidades para presentar un fenómeno quizás mayor: la marea de académicos, funcionarios internacionales y figuras de la acción política que fraguaron la historia de América Latina durante una parte importante del siglo XX. No por nada, a lo largo de las páginas y en diversas notas, Kay nos va presentando, junto con las experiencias de los protagonistas mismos, un tejido de personajes que fueron parte fundamental de este pensamiento latinoamericano, del cual, por cierto, el mismo Kay es una de sus mejores expresiones.

II. Nace algo nuevo: el estructuralismo latinoamericano de Prebisch y Furtado

El libro de Kay comienza con los ensayos sobre Raúl Prebisch y Celso Furtado, figuras clave en el surgimiento de la escuela estructuralista latinoamericana. El ensayo dedicado a Prebisch nos aleja de la lectura reduccionista que se ha hecho muchas veces del personaje — como defensor del proteccionismo y de la industrialización por sustitución de importaciones, o como creador de la teoría del deterioro de

los términos de intercambio, entre otras caracterizaciones— y nos presenta un retrato profundo que revela un verdadero arquitecto de ideas e instituciones.

Prebisch, antes de su paso decisivo por la CEPAL, fue Subsecretario de Economía y asesor de los Ministerios de Hacienda y Agricultura del Gobierno argentino. Ya en ese período dio muestras de su gran capacidad creadora, y fue uno de los fundadores y primer Director del Banco Central de la República Argentina.

Tras su llegada a la CEPAL en 1949, en calidad de Consultor, se convierte rápidamente en el segundo Secretario Ejecutivo de la institución³. Kay no solo resalta su papel institucional, sino que enfatiza también el hecho de que Prebisch publicara ese mismo año su famoso ensayo *El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas*, que aportó a la joven institución un corazón de pensamiento propio y original. Este ensayo, el “manifiesto de la CEPAL” a decir de Albert Hirschman, constituyó una verdadera revolución teórica en tanto que iluminó un área de la realidad económica que, por mucho tiempo, había quedado eclipsada en los debates conceptuales: la dinámica del subdesarrollo, no ya como una etapa anterior de la modernización natural de las sociedades, sino como parte necesaria de un proceso estructural de la economía mundial. Desde esta perspectiva, con Prebisch nace un nuevo continente de análisis: la dinámica centro-periferia, la chispa que desata una verdadera marea de generaciones que se abocarán a investigar los mapas de este nuevo continente.

La originalidad de Prebisch no acaba ahí y Kay nos lleva luego al período en que impulsó en el ámbito internacional la creación de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD) con el objetivo de que se constituyera en el espacio multilateral para la discusión sobre cómo los países periféricos podían cerrar brechas de ingresos, producción y bienestar con las economías centrales. De nuevo, Prebisch sería su primer Secretario General, y quien se encargara de conducir los primeros informes de la organización, plasmados en los informes de la UNCTAD I y II, que dotaron de sentido estratégico a la organización. Estos informes no solo profundizaron en las hipótesis cepalinas del deterioro de los términos de intercambio, sino que promovieron reformas estructurales en el orden económico internacional vigente, con ácidas críticas a las teorías que sostenían esta arquitectura, es decir, las visiones neoclásicas y liberales del comercio internacional.

Las ideas de Prebisch, en este sentido, habían llegado en el momento oportuno. Las conferencias de la UNCTAD y las reuniones del Movimiento de Países No Alineados fueron los pilares de lo que llegaría a ser el momento álgido y más ambicioso de los países periféricos, la demanda de un nuevo orden económico internacional, inspirada, entre otras cosas, en las ideas defendidas por este arquitecto de ideas e instituciones.

La semblanza que Kay hace, también, del brasileño Celso Furtado nos presenta a un intelectual que sentó las bases profundas del estructuralismo latinoamericano y que, sobre todo, hizo suya la máxima de José Carlos Mariátegui de pensar “sin calco ni copia”. Como resalta Kay, Furtado fue un escritor prolífico y publicó a lo largo de su vida más de 30 libros, que se han traducido a 15 idiomas y han superado los 2 millones de ejemplares vendidos en todo el mundo.

Abogado de formación y Doctor en Economía, Furtado fue el primer Director de la División de Desarrollo Económico de la CEPAL, cargo que le ofreció el mismo Prebisch, quien vio pronto el potencial intelectual del joven economista. Ya en ese período, la CEPAL se estaba transformando en un semillero de intelectuales originales. Kay resalta cómo Furtado fue parte de esta ola de mentes brillantes que incluyó, entre otros, a Jorge Ahumada, Aníbal Pinto, Osvaldo Sunkel, Pedro Vuskovic o Juan Noyola, todos ellos, al igual que los protagonistas del libro, pensadores rebeldes.

En México, Furtado conoció al economista Nicholas Kaldor, de la Universidad de Cambridge (Reino Unido), quien lo invita a pasar una estancia en la Universidad, durante la cual se imbuje en las

³ En efecto, Raúl Prebisch sucede en el cargo a Gustavo Martínez Cabañas en 1950.

discusiones con las principales mentes del keynesianismo, desde Joan Robinson a Richard Kahn, y conoce al italiano Piero Sraffa y al entonces joven economista Amartya Sen. También en ese tiempo, Furtado escribe su obra *The Economic Growth of Brazil: A Survey from Colonial to Modern Times* (1963), una revisión profunda de su primera obra sobre el tema publicada en el Brasil en 1959.

Como señala Kay, estas obras, al igual que las que le siguieron, se concentran en una crítica a las visiones teleológicas y modernizadoras del desarrollo, y hacen hincapié en las relaciones asimétricas y, como Prebisch, en el carácter estructural de la polaridad centro-periferia. Además, Furtado describió los límites de los procesos de industrialización en una economía periférica con intensas heterogeneidades estructurales. Esta fractura productiva interna de las periferias impone fuertes límites a la capacidad del sector industrial de aprovechar economías de escala y aumentar su productividad, lo que limita su potencial dinámico en el largo plazo. Con esto, Furtado apunta a las profundas desigualdades de ingresos y productividades entre clases y sectores como el factor de largo plazo que explica que, por ejemplo, la sustitución de importaciones no haya podido superar la “etapa fácil” y haya entrado en un estancamiento sostenido en el tiempo.

Kay se plantea una pregunta muy importante sobre Furtado: ¿cómo se explica su giro del estructuralismo a una visión estructuralista de la dependencia? Según su hipótesis, la explicación sería el golpe militar contra el Presidente Goulart y el intento fracasado de que la Alianza para el Progreso adoptara su plan de desarrollo para el nordeste del Brasil. La fe en la posibilidad de alcanzar grandes acuerdos entre centros y periferias, y entre clases, se vio golpeada por esas experiencias, y Furtado gira hacia una posición más radicalmente reformista. A pesar de ello, señala Kay, Furtado siempre fue un pragmático y no cayó en las tentaciones maximalistas que caracterizaron a varios intelectuales durante los años sesenta. Como resalta Kay, Furtado siempre indicó, como advertencia temprana, el poder firmemente arraigado de las élites económicas, y recalcó que los campesinos y trabajadores, más que revoluciones, desean mejorar su nivel de vida material.

III. La opción de la dependencia con Frank y Dos Santos

El autor dedica los dos ensayos siguientes a los intelectuales André Gunder Frank y Theotônio Dos Santos, dos de los pilares de la teoría de la dependencia, específicamente en su corriente más radical. Ambas personalidades son particularmente llamativas por la forma intensa y desafiante en que vivieron su vida, y por su compromiso con el cambio social en América Latina.

El ensayo dedicado a André Gunder Frank nos muestra a un hombre de enorme originalidad intelectual y capacidad para pensar más allá de los marcos analíticos heredados. El origen de su nombre es buen ejemplo de su ánimo único y desafiante. Como relata Kay, Andreas Frank decidió, con espíritu lúdico, llamarse André, y agregó “Gunder” en honor a un destacado deportista alemán (que en realidad se apellidaba “Gundar”) sobre el que sus compañeros solían bromear. Frank fue, principalmente, un iconoclasta o, como tan certeramente lo define Kay, un “forastero crítico”, un personaje independiente capaz de reflexionar sin encasillarse en ninguna comunidad ni marco teórico.

Frank fue, quizás, el intelectual que mejor describió el carácter transformador del enfoque dependientista. No por nada fue su extensa obra —con más de 40 libros y 400 artículos escritos publicados— la que popularizó la dependencia a escala mundial, y su artículo “Desarrollo del subdesarrollo” de 1966 probablemente fue el ataque más feroz a la teoría de la modernización dominante en aquel período. Frank, comenta Kay, no solo desafió la teoría occidental, sino también la teleología marxista ortodoxa del momento, aquella que establecía la necesidad de una transición del feudalismo al capitalismo como antesala de un cambio radical al socialismo. Frank, reconstruyendo el concepto

de capitalismo a partir de la expansión de los mercados a nivel mundial y la existencia de diversas formas de explotación capitalista, apuntó a que América Latina, ya desde su inserción en la economía internacional tras su colonización, estaba arraigada en un orden capitalista internacional (hipótesis que le costará una serie de críticas, entre las que destaca la del entonces teórico marxista Ernesto Laclau).

Frank, de este modo, da una justificación teórica a las posiciones más radicales de los años sesenta que lo conectó intelectual e institucionalmente con los núcleos del debate dependientista. En Chile, Kay destaca el Centro de Estudios Socioeconómicos (CESO) de la Universidad de Chile y su carácter de espacio de encuentro y creación intelectual donde Frank interactuó con intelectuales de la talla de Vania Bambirra, Theotônio dos Santos, Ruy Mauro Marini, Roberto Pizarro, Orlando Caputo y José Bengoa, entre otros varios.

Tras el golpe de Estado de 1973 en Chile, los dependientistas inician largos procesos de exilio que entrañaron también nuevas reflexiones, tesis, críticas y autocríticas. En el caso de Frank, supuso su partida de América Latina hacia Alemania y el Reino de los Países Bajos, y un giro profundo en su pensamiento: de la teoría de la dependencia, con énfasis en América Latina y una reflexión de más largo alcance cíclico, al estudio de la economía mundial, con atención a los grandes ciclos históricos a partir del marco analítico del sistema-mundo, del que fue pionero, como en el caso del análisis de la dependencia⁴.

En cuanto a Theotônio Dos Santos, Kay lo define como un intelectual rebelde, no solo por su posición política, sino también por su planteamiento crítico y transformador de la reflexión teórica. Por su parte, Dos Santos, tanto en su vida como en su reflexión, es un fiel reflejo del intelectual orgánico del siglo XX que navegaba entre el mundo académico y la militancia transformadora. Tras el exilio en Chile, Dos Santos se incorpora al CESO, donde forma un trío político-intelectual brasileño con Vania Bambirra y Ruy Mauro Marini, a quienes se suma más tarde el propio Frank. Esto hizo del CESO el núcleo irradiador a toda América Latina de la denominada teoría marxista de la dependencia⁵.

Dos Santos, junto con Frank, fueron, indudablemente, los que popularizaron la dependencia a nivel mundial. En efecto, la definición de situación de dependencia que ha pasado a la historia fue precisamente la que Dos Santos brindó en su famoso artículo para la *American Economic Review* de 1970, "La estructura de la dependencia". Asimismo, en una de sus obras más destacadas y originales, *El nuevo carácter de la dependencia*, de 1968, pone atención en cómo el proceso de industrialización en América Latina desplegaba novedosos vínculos de dependencia a través del control de los principales sectores industriales de las periferias por empresas transnacionales, lo que generaba una salida de capitales y, por tanto, limitaba la acumulación interna de capital. A su vez, dada la dependencia tecnológica, el circuito de acumulación periférica queda sujeto y condicionado por el acceso a bienes de capital y tecnologías extranjeras, lo que limitaba la creación interna de esos activos clave para un crecimiento autocentrado. Las oportunidades de crear un sector industrial propio, señalaban Dos Santos y Bambirra, quedaban truncadas precisamente por la fuerza política del capital transnacional en las economías periféricas, y por el propio carácter de las élites económicas locales, que tienden a privilegiar las rentas de un patrón de acumulación dependiente.

A pesar de este fenómeno, Kay se pregunta cómo entender la capacidad que tuvieron los países del este asiático para desplegar desde los años setenta un sector de bienes de capital propio que sirviera de base para el crecimiento sostenido. ¿Puede ser que la tesis de la visión marxista de la dependencia fuera excesivamente pesimista? ¿sería posible un tipo de desarrollo dependiente asociado,

⁴ En esta fase de elaboración intelectual, Frank se sumará al esfuerzo de Wallerstein de dar continuidad al enfoque sistema-mundo cuyas raíces se hallan en la obra de Fernand Braudel.

⁵ Tanto el propio Dos Santos como otros estudiosos del dependientismo, entre ellos el mismo Kay, o, más recientemente, Margarita Fajardo, distinguen dos grandes vertientes en la teoría de la dependencia: la teoría estructuralista o cepalina de la dependencia (representada por Cardoso, Faletto, Furtado, Pinto y Sunkel) y la teoría marxista de la dependencia (representada, además de por Dos Santos y Frank, por Bambirra y Marini).

como han sugerido Fernando Henrique Cardoso o Peter Evans? La pregunta queda sin una respuesta satisfactoria de Dos Santos. Sin embargo, el que la dependencia haya puesto un énfasis determinante en la dimensión de economía política nacional e internacional de la industrialización de la periferia es uno de sus principales logros analíticos.

Al igual que Frank, Dos Santos también transita de la dependencia al enfoque de sistema-mundo. Este giro le permitió pasar a una reflexión que superara el estadocentrismo y la problemática de la autonomía nacional tan característicos de la dependencia, y llegara a un profundo análisis sobre lo que denominó la “civilización planetaria”, un orden en creación donde la humanidad comienza a ser cada vez más consciente de estar compartiendo los mismos recursos naturales y sosteniendo un patrimonio biológico y cultural heterogéneo y común.

IV. Agrarismo y multiculturalidad: Barracough y Assies

En sus dos últimos ensayos, Kay nos presenta a dos intelectuales con importantes diferencias con los cuatro anteriores, pero que tienen en común un compromiso intelectual con el desarrollo. Solon Barracough, matemático, físico y economista, fue un verdadero intelectual que trabajó sobre el terreno. Barracough, Jefe del Comité Interamericano de Desarrollo Agrícola (CIDA) y funcionario del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), no fue un intelectual creador de grandes matrices de pensamiento globales, sino que prefirió ser investigador de una realidad concreta. Su aporte consistió en abrir la mirada a las distintas realidades agrarias de la región, y enfocarse en las estructuras institucionales y políticas específicas de cada país, con un énfasis en medidas de reformas y cambios.

Barracough fue de los principales economistas en señalar cómo la estructura de la propiedad del sector agrícola era, no solo injusta, sino un freno para el desarrollo productivo de los países latinoamericanos. Según Kay, esta hipótesis, junto con su trabajo constante sobre el terreno con campesinos, le ganaron un fuerte rechazo por parte de la élite terrateniente, pero también le dieron una visión clara de los intereses en torno al latifundio y de la profunda importancia que ese sector asignaba a la sumisión y la autoridad cotidiana. Como recordó Barracough, lo que de la reforma agraria más molestaba a los latifundistas “no era la pérdida de riqueza, ni siquiera de tierras, sino que los campesinos ya no son humildes ni deferentes” (Kay, p. 123).

Kay destaca uno de los últimos libros que publicara Barracough, *An End to hunger? The social origins of food strategies* (1991), donde denuncia el doble rasero de los Estados Unidos en materia de producción agrícola, ya que este país exige la liberalización a las economías periféricas, al tiempo que mantiene una fuerte protección de su propio sector. A su vez, denuncia los costos que ha traído la liberalización agrícola para la vida campesina, como la disolución de redes de autoabastecimiento agrícola y la pérdida de terrenos y autonomía material. Contra la agenda de liberalización, Barracough defiende una agenda multilateral de distribución de recursos, similar en escala al Plan Marshall, y pone énfasis en la necesidad de la organización política local para presionar en favor de reformas nacionales.

Finalmente, Kay nos presenta al antropólogo neerlandés William Assies, un intelectual ajeno a los espacios académicos formales —y marginado de estos— que, de forma similar a Barracough, privilegió un análisis concreto original. A lo largo de su ensayo, Kay muestra un personaje a quien podría definirse fundamentalmente como un “explorador de salidas” que buscó, a través de sus experiencias de trabajo sobre el terreno en el Estado Plurinacional de Bolivia y México, dar cuenta de la compleja y creativa existencia de los movimientos sociales e indígenas. Estos no consistían, indica Assies, en meros movimientos culturales, sino que sus acciones constituían profundas reivindicaciones democráticas y

de autodeterminación territorial. Es más, los movimientos indígenas representaban un desafío a la visión occidental de Estado monocultural, lo que amplía la mirada hacia la plurinacionalidad, los derechos colectivos y la autonomía.

Assies advierte, sin embargo, que esta demanda de autonomía de los movimientos indígenas no podía implicar un alejamiento y marginación de los espacios formales de representación. Por el contrario, el potencial contrahegemónico de estas demandas solo podía ser efectivo si podía articularse creativamente con las escalas nacionales de representación.

Además, Kay nos muestra un Assies que debatía contra teorías que parecían sólidas y populares, pero que encerraban profundas consecuencias regresivas. Las ideas de Hernando de Soto sobre el papel de la formalización de derechos de propiedad individual en los sectores marginados, populares en su momento en organismos internacionales, fueron ampliamente criticadas por Assies, en tanto que obviaban las complejas formas de arreglos locales existentes que iban más allá de la visión occidental de propiedad, y tampoco tenían en cuenta el hecho de que la propia expansión del mercado —y no solo el clientelismo y la burocracia, como señala de Soto— minaba la autonomía material de los sectores informales y marginados.

V. El llamado del pensamiento latinoamericano

Finalmente, y a modo de conclusión, el libro de Kay es un relato íntimo de lo que implica ser un “pensador rebelde”, en particular, del valor que exige desarrollar un pensamiento propio. Además, el libro interpela al lector actual porque el estructuralismo y la dependencia tienen algo que los diferencia de otras teorías económicas: no buscan solo describir una realidad, sino que tienen también un profundo componente transformador y normativo.

En definitiva, son teorías que convocan a la acción, pero no a cualquier acción, sino a una imbuida de una forma racional robusta de ver el mundo. En nuestra opinión, es ahí donde reside la fortaleza profunda del pensamiento latinoamericano, que une razón y convicción, pensamiento y acción.